

## Grandioso espectáculo

**Valle de Santa Cruz de los Caídos** (Crónica telefónica de nuestro redactor enviado especial.) Ya reposan en la grandiosa basílica del Valle de Cuelgamuros los restos mortales de José Antonio, "en el lugar preferente que le corresponde entre nuestros gloriosos caídos." Reposan ahí desde el lunes. Después de las epístolas cruzadas entre el Jefe del Estado y Pilar y Miguel Primo de Rivera, se ha producido el acontecimiento que todos aguardaban que se produjera hace tiempo. Con el suceso de hoy se inaugura solemnemente lo que ha constituido un grandioso espectáculo. José Antonio reposará aquí con tantos otros que, a semejanza suya, dieron la vida por la misma causa: por servir a un ideal. El cayó ejecutado en un patio de la prisión de Alicante, aceptando su suerte con singular elegancia. Lección magnífica para muchos y ejemplo singular también para todos sus compatriotas. Estremece hasta el infinito pensar el valor no sólo espiritual, sino físico, que desarrolló en aquellos instantes el jefe de la Falange. Por encima del temor estaba su confianza en una vida mejor. Increíble requero de fe, de fe sencilla, de fe que ninguna incertidumbre empaña. Todo ello en plena juventud y con absoluta seguridad de sí mismo, sin aspavientos, ni mezquindades. Antes de entregar su vida a los ejecutores se despidió de la familia y de sus amigos en cartas expresivas llenas de emoción y de finura, impregnadas de humanidad y buen sentido. Ni una queja, ni un lamento. Todas sus cartas, como sus escritos, místicos y casi guerreros—que de todo tenían—, están animados por el mismo soplo del alma, un aliento de holocausto fecundo.

Así ha podido resultar de grandioso el espectáculo que hemos presenciado aquí esta mañana ante alféreces provisionales y representaciones de la Falange, desde la Vieja Guardia hasta el Frente de Juventudes, desde las familias de los caídos que reposan ya en este recinto hasta las

representaciones de los tres Ejércitos de Tierra, Mar y Aire. El acto lo ha presidido el Jefe del Estado en este paisaje sugeridor, cargado de sortilegios. Lo que nos seduce más que nada, con seducirnos tantas cosas, es el simbolismo oquí representado, que ha de fecundar seguramente en mentes perdidas y corazones secos. Hemos vivido una jornada intensa y preñada de emociones en una atmósfera de respeto y de fraternidad admirativa, como debe ser frente a retorcimientos y sin riesgos ni aristas, con miradas claras y luminosas, corazonés nobles y generosos. Después del funeral, que resultó emocionante en extremo y muy solemne, el Jefe del Estado se dirigió a un arengarium situado en la explanada, junto al balconaje, en cuya parte baja, a todo lo largo y en círculo del esplendoroso monumento del Valle de los Caídos, se hallaban los alféreces y todas las representaciones, que habían acudido desde muy temprano. Allí dirigió la palabra el Generalísimo a cuantos le escuchaban por medio de los altavoces. Un discurso severo, escueto, para elogiar la conducta de todos los soldados que a sus órdenes realizaron, no la guerra civil, sino una cruzada, porque de cruzada se trataba al combatir a la anti España. El

Caudillo hizo hincapié en que había de irse a una unidad férrea para combatir al enemigo, que todavía no ha muerto, aunque quedara derrotado. Fué interrumpido frecuentemente por los aplausos y vítores, y al terminar, una prolongada ovación le acompañó hasta que se dirigió a lo que ha de ser Escuela de Estudios Sociales.

En la sala capitular del grandioso monasterio, allí el Caudillo pronunció otro nuevo discurso, que aparte publicamos, lleno de envidia y de contenido. Explicó cómo la República había dejado a España después de los años de desgobierno y el estado actual en que se halla el país, sobre todo en materia social, e hizo un encamio caluroso de los estudios sociales y de su importancia para el futuro porvenir de la Patria. La jornada, como antes decimos, en este paraje de inigualable belleza creemos adivinar que se ha conseguido lo que el fundador de la Falange propugnaba con más brío: la unidad y conciliación entre todos los españoles. Masas de gente de toda España acompañaron en la ceremonia al Jefe del Estado y a su Gobierno. Le han aclamado incesantemente. Puede estar satisfecho de todo lo acontecido en el día de hoy.—Antonio G. CAVADA.

## VITORES AL JEFE DEL ESTADO

El Generalísimo, al llegar, se detuvo un instante al pie de la escalinata por la que se asciende a la gran explanada, antes de recorrer los dos tramos de diez peldaños que representan los mandamientos para contemplar, emocionado, la gigantesca cruz de este grandioso monumento del Valle de los Caídos. El Caudillo, al llegar a la explanada, fué acogido con enorme entusiasmo por los ocho mil alféreces provisionales llegados de toda España, y entre aclamaciones y enardecidos vítores y aplausos de millares de muchachos del Frente de Juventudes y de afiliados al Movimiento. El Jefe del Estado, en unión del capitán general de la Región, pasó revista a las representaciones de los tres Ejércitos que, con bandera y música, abrían una carrera hasta la entrada de la cripta. Terminada la revista, el Caudillo se dirigió por la escalinata a la segunda explanada de acceso, donde fué cumplimentado por los miembros de su Gobierno.

Momentos después llegó la esposa del Jefe del Estado, doña Carmen Polo de

Franco, acompañada de la esposa del jefe de la Casa Civil.

Cuatro cámaras de T.V.E., magníficamente instaladas en puntos dominantes y de gran efectividad de "toma", así como los equipos de Radio Nacional de España, retransmitieron la solemne ceremonia.

El Jefe del Estado fué recibido a la entrada de la cripta por la Comunidad benedictina del Monasterio del Valle de los Caídos, con su abad mitrado al frente, fray Justo Pérez de Urbel, que le ofreció agua bendita y le dió a besar el *Lignum Crucis*. Seguidamente, bajo palio, y a los acordes del Himno Nacional, interpretado por el gigantesco órgano del templo, de 25 toneladas y 10.000 tubos, penetró en la cripta, acompañado por su esposa, doña Carmen Polo, al mismo tiempo que las bandas estacionadas en las amplias explanadas interpretaban el Himno Nacional.

Mientras que en el interior del templo se celebraba el solemne funeral, primero de los que de una manera oficial se efectúan en esta basílica, presidido por el Generalísimo Franco y oficiado por el cardenal primado de España y arzobispo de Toledo, doctor Plá y Deniel, en la balconada del basamento de la cruz, al pie de la misma, y para que la oyeran las personas que no pudieron entrar en la basílica, fué oficiada una misa, que siguieron, a través de los altavoces, los miles y miles de alféreces provisionales, los afiliados a todas las organizaciones del Movimiento y parientes de los caídos.

El interior de la basílica presentaba un aspecto impresionante, realzando su extraordinaria policromía la esplendorosa iluminación. Preside el altar mayor la efigie del Cristo Crucificado. Más de cuatro mil personas abarrotaban la inmensa basílica. En el lado del Evangelio se situaron los tenientes generales y representaciones militares y, cerca de ellos, los caballeros mutilados. A la entrada del crucero, y también en el lado del Evangelio, los miembros del Gobierno. En el lado de la Epístola, a la entrada del crucero, los consejeros del Reino; a continuación, 37 prelados y seis abades mitrados, y, detrás, las madres y viudas de los caídos.

#### EL FUNERAL EN LA BASILICA

El cardenal primado de España se adelantó para recibir al Jefe del Estado, que, poco después, ocupó un trono al lado del Evangelio. Otro trono, al lado de la Epístola, estaba reservado para el cardenal Plá y Deniel. La Comunidad benedictina inició la solemne ceremonia entonando un *Te Deum*.

El Jefe del Estado vestía uniforme de capitán general y ostentaba las insignias de la Gran Cruz Laureada de San Fernando, y su esposa se tocaba con mantilla española. Llegaron frente al altar, deteniéndose y arrodillándose ante el mismo. A la derecha de doña Carmen Polo se postró también el cardenal primado, y, a la izquierda del Generalísimo, lo hizo el abad mitrado.

A continuación, el doctor Plá y Deniel se dirigió al altar y entonó las oraciones previas a la santa misa.

Durante el funeral, Sus Excelencias el Jefe del Estado y su esposa ocuparon sitios situados en el centro del crucero, del lado del Evangelio. En otros inmediatos se encontraban los jefes de la Casa Militar, teniente general Asensio; segundo jefe, general Laviña; jefe de la Casa Civil, conde de Casa Loja, y segundo jefe e intendente, Sr. Fuertes de Villavicencio. En otro trono al lado de la Epístola se situó el cardenal primado de España, doctor Plá y Deniel. En

el espacio entre ambos lugares, frente al altar mayor, estaban el nuncio de Su Santidad, monseñor Antoniutti, y los cardenales de Santiago de Compostela, Tarragona y Sevilla.

En lugares destacados al lado de la Epístola se hallaban los caballeros laureados, te-

nientes generales, generales y representaciones militares, así como los caballeros mutilados. Al lado opuesto, representaciones de alféreces provisionales mutilados, caballeros mutilados, parientes de los caídos y prelados. También asistieron todos los gobernadores civiles y alcaldes de las diversas capitales españolas.

A la entrada del crucero, también del lado del Evangelio, se situó el Gobierno; al lado de la Epístola, el Consejo del Reino, y al fondo, la Comunidad benedictina con su abad mitrado, fray Justo Pérez de Urbel.

En el lugar reservado a los parientes de los caídos, en el lado de la Epístola, había una numerosa representación de familias de caídos de provincias. Entre los parientes de los caídos de Madrid estaban el duque de Calvo Sotelo, la duquesa viuda de Mola, la duquesa de Labajos, deudos de Ledesma Ramos y viuda de Ruiz de Aldá, entre otros.

El túmulo, recubierto con ricos paños bordados en oro y con un casco de acero sobre el almohadón, se hallaba al pie mismo de la tumba de José Antonio, sobre la que habían sido depositadas las cinco rosas simbólicas. El Cuerpo diplomático, la Junta Política, los subsecretarios, directores generales y consejeros nacionales se hallaban, asimismo, en lugares de protocolo.

El primado efectuó la bendición de los ornamentos sagrados para dar comienzo al solemne funeral. Acompañaron en la ceremonia al primado los presbíteros asistentes y los diáconos de honor, que revistieron después, de pontifical, al doctor Plá y Deniel.

Inmediatamente comenzó la solemne ceremonia, en la que actuó el Coro de la Abadía, que interpretó la misa gregoriana. Eran las once y veinte de la mañana. El solemne funeral duró exactamente una hora. Terminado el mismo el cardenal primado fué desvestido de los ornamentos sagrados y de la mitra y revestido de capa pluvial negra, para officiar en el responso ante el túmulo. Finalizada la emotiva ceremonia, a las doce y treinta y dos minutos, el primado se desvistió de la capa pluvial negra y se colocó otra blanca.

En este momento, el Jefe del Estado y su esposa abandonan el trono que ocuparon al lado del Evangelio y, bajo palio, salieron de la basílica, acompañados por la Comunidad benedictina. El Caudillo fué acompañado hasta la explanada por los miembros del Gobierno en pleno, los tres capitanes generales de Tierra, Mar y Aire, los tenientes generales, los caballeros laureados y las representaciones militares y civiles.

Al salir el Generalísimo se detuvo unos momentos para contemplar otra vez la monumental cruz. Seguidamente se dirigió al templete levantado en estratégico lugar de la gran explanada que existe ante la basílica y, a través de los micrófonos instalados, que expandieron su voz por altavoces, se dirigió a los millares de alféreces provisionales y a los falangistas de la Vieja Guardia, Frente de Juventudes, Guardia de Franco, afiliadas de la Sección Femenina, representaciones de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire y otras muchas representaciones concentradas. Al aparecer en el templete la masa de personas estacionadas debajo del gran balconaje aclamó durante largo rato al Jefe del Estado. El Gobierno se colocó en semicírculo al pie de la tribuna.

#### Texto del discurso del Caudillo

Españoles: Cuando los actos tienen la fuerza y la emotividad de estos momentos, en que nuestras plegarias ascienden a los cielos impetrando la protección divina para nuestros caídos, las palabras resultan siempre pobres. ¿Cómo podría expresar la honda emoción que nos embarga ante la presencia de las madres y las esposas de nues-

tros caídos, representadas por esas mujeres ejemplares aquí presentes que, conscientes de lo que la Patria les exigía, colgaron un día las medallas del cuello de sus deudos, animándoles para la batalla? (Grandes aplausos.) ¿Qué inspiración sería precisa para contar las heroicas gestas de nuestros caídos; para poder reflejar el entusiasmo, segado tantas veces en flor, de los que con los primeros rayos del sol de la mañana caían con la sonrisa en los labios al asaltar las posiciones enemigas, o para encomiar la firme tenacidad de los defensores de los mil pequeños "Alcázares" en que se convirtieron en la nación las residencias de las pequeñas guarniciones o las casas-cuartel de la Guardia Civil, defendidas hasta el límite de lo inverosímil contra fuerzas superiores, sin esperanza de socorro; o para ensalzar el heroísmo y el entusiasmo derrochados en las cruentas batallas libradas contra las Brigadas internacionales para hacerles morder el polvo de la derrota; o para enumerar los sacrificios y los heroísmos de los que en los 2.500 kilómetros de frente mantuvieron la intangibilidad de nuestras líneas; o para narrar la tragedia, no menos meritoria, de los que sucumbieron a los rigores de los durísimos inviernos, o se vieron mutilados al helarse sus extremidades bajo los hielos de Teruel o en las divisorias de las montañas; o para destacar la serenidad estoica de los mártires que frente al fatídico paredón de ejecución morían confesando a Dios y elevándole sus preces; o para exaltar la conducta de tantos sacerdotes martirizados, que bendecían y perdonaban a sus verdugos, como Cristo hizo en el Calvario; o para presentar las virtudes heroicas de tantísimas mujeres pladotas que, por sólo serlo, atrajeron las iras y la muerte de las turbas desenfrenadas; o para reflejar la zozobra de los perseguidos, arranzados del reposo de sus hogares en los amaneceres lívidos por cuadrillas de forajidos para ser fusilados; o para poder describir la epopeya sublime de aquella Comunidad de frailes de San Juan de Dios que sobre una playa solitaria de nuestro Levante cayeron segados por las ametralladoras, mientras con sus cantos litúrgicos elevaban a Dios un grandioso hossanna? (Grandes aplausos.)

#### "NUESTRA GUERRA FUE UNA CRUZADA"

Nuestra guerra no fué, evidentemente, una contienda civil más, sino una verdadera Cruzada, como la calificó entonces nuestro Pontífice reinante; la gran epopeya de una nueva y para nosotros más trascendente independencia. Jamás se dieron en nuestra Patria en menos tiempo más y mayores ejemplos de heroísmo y de santidad, sin una debilidad, sin una apostasía, sin un renunciamiento. Habría que descender a las persecuciones romanas contra los cristianos para encontrar algo parecido.

En todo desarrollo de nuestra Cruzada hay mucho de providencial y de milagroso. ¿De qué otra forma podríamos calificar la ayuda decisiva en que en tantas vicisitudes recibimos de la protección divina? ¿Cómo explicar aquel primer legado, providencial e inesperado, que en los momentos más graves de nuestra guerra recibimos, cuando la inferioridad de nuestro armamento era patente y con el arrojo teníamos que sustituir los medios, y que nos llegó, como llovido del cielo, en un barco con ocho mil toneladas de armamento, apresado en la oscuridad de la noche por nuestra Marina de guerra a nuestros adversarios? Ocho mil toneladas de material que comprendían varios miles de fusiles ametralladores, de morteros, de ametralladoras y cañones con sus dotaciones, que constituían el más codiciado botín de guerra que pudiéramos soñar y que desde entonces formó la primera base de nuestro armamento.

En aquellos momentos representaba esto mucho más que una gran batalla ganada, al restarse al enemigo aquel potencial de guerra y venir a sumarse a nuestra fortaleza. Y no es una, sino varias las veces que, al correr de nuestra campaña, se repetían los hechos providenciales que nos favorecían. ¿Y qué pensar de los desenlaces de las grandes batallas, cuyas crisis victorio-

sas, sin que nadie se lo propusiese, se resolvieron siempre en los días de las mayores solemnidades de nuestra Santa Iglesia?

Sólo el simple enunciado de estos hechos justificaría esta obra de levantar en este valle ubicado en el centro de nuestra Patria un gran templo al Señor, que exprese nuestra gratitud y acogiese dignamente los restos de quienes nos legaron aquellas gestas de santidad y heroísmo.

#### "LA ANTI-ESPAÑA NO ESTA MUERTA"

La naturaleza parecía habernos reservado este magnífico escenario de la sierra, con la belleza de sus duros e ingentes peñascos, con la reciedumbre de nuestro carácter; con sus laderas ásperas, dulcificadas por la escensión penosa del arbolado, como ese trabajo que la naturaleza nos impone; y con sus cielos puros, que sólo parecen esperar los brazos de la Cruz y el sonar de las campanas para componer el maravilloso conjunto.

Mucho fué lo que a España costó aquella gloriosa epopeya de nuestra liberación para que pueda ser olvidado; pero la lucha del bien con el mal no termina por grande que sea su victoria. Sería pueril creer que el diablo se someta; inventará nuevas tretas y disfraces, ya que su espíritu seguirá maquinando y tomará formas nuevas de acuerdo con los tiempos.

La anti-España fué vencida y derrotada, pero no está muerta. Peridóicamente la vemos levantar cabeza en el exterior y en su soberbia y ceguera pretender envenenar

y avivar de nuevo la innata curiosidad y el afán de novedades de la juventud. Por ello es necesario cerrar el cuadro contra el desvío de los malos educadores de las nuevas generaciones. (Grandes aplausos.)

La principal virtualidad de nuestra Cruzada de Liberación fué el habernos devuelto a nuestro ser, que España se haya encontrado de nuevo a sí misma, que nuestras generaciones se sintieran capaces de emular lo que otras generaciones pudieran haber hecho. El genio español surgió en mil manifestaciones: desde aquellas Milicias que cristalizó el entusiasmo popular en los primeros momentos, y que formaron el primer núcleo de nuestras fuerzas de choque, a los alféreces provisionales que nuestra capacidad de improvisación creó para el encuadramiento de nuestras tropas, y que habían de asombrar a todos por su espíritu y aptitud para el mando. Así iban surgiendo las legiones de héroes y la innumerable formación de mártires. No importaba dónde si en la tierra, en el mar o en el aire; si entre infantes o jinetes, artilleros o ingenieros, falangistas, requetés o legionarios. Era el soldado español en todas sus versiones. Sus sangres se confundían en la Cruzada heroica en el común ideal de nuestro Movimiento. (Grandes y prolongados aplausos.)

#### NUESTRA VICTORIA FUE TOTAL Y PARA TODOS

Conforme los días pasaban, el Movimiento calaba en las entrañas de nuestra Pa-

tria. Todo en nuestra Nación se hacía Movimiento. No sólo marchaba con nuestras banderas victoriosas, sino que nos salía al encuentro en las poblaciones que liberábamos. Nuestros himnos se musitaban en las cárceles, se extendían por los campos, se susurraban en los hogares y salían al exterior como una explosión de cantos de esperanzas al ser liberados.

Nuestra victoria no fué una victoria parcial, sino una victoria total y para todos. No se administró en favor de un grupo ni de una clase, sino en el de toda la nación. Fué una victoria de la unidad del pueblo español confirmada al correr de estos veinte años. Los bienes espirituales que sobre España se derramaron; la coincidencia de pensamiento y el ambiente que hace fructífero el trabajo; la plenitud de seguridad, sin zozobras, temores ni intranquilidad para el futuro; la firmeza y seguridad con que viene desarrollándose nuestro progreso económico-social; el afianzamiento de un clima de entendimiento y unidad y los ingentes esfuerzos de engrandecimiento y transformación de la vida española, han creado un estado de conciencia en toda la vida nacional, que ya no admite el viejo espíritu de las banderías y domina a todos un afán común de participar en la gran tarea de resurgimiento y de transformación de nuestra Patria. (Grandes aplausos.)

### LAS BATALLAS DE LA PAZ

Con la victoria, como sabéis, no acabó nuestra lucha. A las batallas de la guerra siguieron las no menos importantes de la paz, en las que desde el exterior se intentó la reversión de nuestra victoria y que dió lugar a que se exteriorizase la fortaleza de nuestro Movimiento político, al unirnos como un solo hombre en defensa de nuestra razón, y en el que cada uno desde el puesto que le correspondía en la vida habéis venido asistiéndome con vuestra recia fidelidad.

Hoy, que hemos visto la suerte que corrieron en Europa tantas naciones, algunas católicas como nosotros, de nuestra misma civilización, y que contra su voluntad cayeron bajo la esclavitud comunista, podemos comprender mejor la trascendencia de nuestro Movimiento político y el valor que tiene la permanencia de nuestros ideales y de nuestra paz interna. (Grandes aplausos.)

Un defecto de nuestro carácter es el de realizar grandes esfuerzos para dejarnos caer más tarde en la laxitud y en la confianza. En el tiempo que corremos no cabe el descanso. No es época en que se puedan desmovilizar los espíritus después de la batalla, ya que el enemigo no descansa y gasta sumas ingentes para minar y destruir sus objetivos. Se hace necesaria la tensión de un Movimiento político que, levantado sobre los principios proclamados que nos son comunes, mantenga el fuego sagrado de su defensa.

Hoy sois vosotros, nuestros combatientes, los que por haber llegado a la mitad de vuestra vida cubrís puestos en las actividades más diversas e importantes de la Patria, imprimiéndole una doble seguridad. Interesa el que mantengáis con ejemplaridad y pureza de intenciones la hermandad forjada en las filas de la Cruzada, que evitéis que el enemigo, siempre al acecho, pueda infiltrarse en vuestras filas; que inculquéis en vuestros hijos y proyectéis sobre las generaciones que os sucedan la razón permanente de nuestro Movimiento, y habréis cumplido el mandato sagrado de nuestros muertos. No sacrificaron ellos sus preciosas vidas para que nosotros podamos descansar. Nos exigen montar la guardia fiel de aquello por lo que murieron; que mantengamos vivas de generación en generación las lecciones de la Historia para hacer fecunda la sangre que ellos generosamente derramaron, y que, como decía José Antonio, fuese la suya la última sangre derramada en contiendas entre españoles. ¡Arriba España! (Una enorme ovación acogió el final del discurso.)